



Relacionn de las valentías y hechos de Juan de Arévalo, de sus encuentros con Francisco Estévan y otros guapos, y de como se mató à sí mismo por desgracia.

DE JUAN DE AREVALO.

Ningun guapo me dé voces,
 ni menos eche fanfarrias,
 ni se ponga colorado,
 ni campen baladronadas.
 No me hable Cantarote,
 ni tire piedras Carranza;
 Afanador el de Utrera
 bien puede embaynar su espada:
 y el guapo Francisco Estévan
 no me pregunte la causa,
 porque no se la diré
 a Oliveros el de Francia;
 y estando todos atentos,
 Nació en esta plana.
 para azote de las charpas,
 Juan de Arévalo el valiente,
 y desde su tierna infancia
 su condicion siempre altiva
 fue en todo tan temeraria,

que sus juegos con los otros
 eran solo à pescozadas.
 Creció en años y en valor,
 tanto, que la gente andaba
 diciendo que era el demonio,
 segun los golpes que daba.
 Cumplidos los veinte años,
 con seña apenas de barba,
 buscó modo de vivir,
 sin quitarle à nadie nada;
 y fué, comprando un caballo,
 vistiendo colete y charpa,
 y entregándose al camino,
 empezó à volar su fama
 por toda la Andalucía,
 de suerte que en toda España
 le empezaron à temblar
 los bastones y las varas;
 y Arévalo en este tiempo
 andaba trayendo cargas

de tabaco y de cacao,
sin que nadie lo estorvára.
Sucedió en cierta ocasion,
que yendo con una carga
de tabaco hácia Xeréz,
en la vega cuatro guardas
le salieron al encuentro,
pidiéndole guia ò carga,
Juan de Arévalo responde,
desemballestando balas,
que en breve tiempo à los cuatro
galgos no los alcanzáran,
y Arévalo se quedó
diciendo aquestas palabras:
vayan ustedes con Dios;
estimo fineza tanta.
Llegó à Xeréz, y en breve
fue despachada su carga,
y al punto que negoció,
quiso volverse à su casa,
y apartando el caballo,
tomó al instante su marcha,
y en un lugar muy pequeño,
que le intitulan la Rambia,
le dieron ciertas noticias
de que en la Parrilla andaban
dos rateros, limpia bolsas
de los pobres que pasaban.
Despidióse, y luego al punto
tomó hácia allá la jornada,
y al entrar por la Parrilla,
vió salir de entre las matas
à dos, que parece que eran
hombres vestidos de lana,
pues empezó à sacudirles
el polvo con una vara,
siendo gatos de Parrilla,
los hizo moscas de parta.
Llegó à Osuna, y luego al punto
quisieron darle una plaza
de millones, y responde,
riéndose con cachaza:
yo no gusto plaza abierta,
que gasto carga cerrada.
Un dia con dos amigos
estaba hablando en la plaza,
y oyendo un escopetazo,
volvió al instante la cara,

y vido en la corredera
una casa estar cercada
de la ronda de millones,
que querian visitarla.
Don Ignacio Benavides,
que era el amo de la casa,
echó mano à una escopeta,
la disparó en la ventana,
y Arévalo que llegó,
y vido la gorullada,
echó mano à su rejon,
y tocando la pavana,
se quedó toda la calle
como plaza despojada.
Por estos y otros arrojos
tocitos lo respetaban,
y el señor duque de Osuna
se lo llevó en su compañía
al campo de Gibraltar,
que era lo que deseaba,
que ocasion se le ofreciese,
en que egercitar las armas.
Un dia salió à paseo,
y reparó en la estacada,
que estaban unos franceses
leyendo en una baraja:
se sentó à leer con ellos,
puso su moneda en tabla,
y à las primeras lecciones
les dejó sin una blanca.
Empezaron à reñir,
y amaron tal algazara
que parecia un incendio;
y la tropa alborotada,
se juntaron mas de ciento,
y todos con sus espadas
le están pidiendo el dinero,
ò que si no, que lo matan.
Arévalo que esto vido,
echó mano à una alabarda,
y empezó à dar tales palos,
que al pobrete que le alcanza,
le deja quebrado un brazo,
ò la cabeza rajada.
Por esta ocasion y otras
que à su valor se acercaban,
se mudó con un compás,
sin que tocáran à marcha.

Se fue à la feria de Ronda,
y una noche que pasaba
por la sierra de Xeréz,
cuatro gitanos se plantan
delante de él, y le piden
el dinero, ò que le matan.
Arévalo que esto vido,
del caballo se apeaba,
y sacando un dobloncillo
de à cuatro con cuatro balas,
éste le arrojó al primero,
con que no habló mas palabra;
y con un doblon de à ocho
contentó á los que quedaban.
Llegó à Ronda à tiempo
que la feria comenzaba,
en donde vido una tarde
un taur, que con sus trampas
jugando à los cribiletes,
el dinero le ganaba
à un pobrecito del campo,
y que en su defensa estaba
el guapo Francisco Estévan:
llegó, y al punto repara
de que el taur le jugó
una mano mal jugada;
hincó el rejon en la mesa
diciendo aquestas palabras:
vuelve el dinero al instante,
no me repliques, acaba;
ò si no, lo dejarás
à fuerza de puñaladas.
Volvio el dinero al instante,
metió el rejon en la bayna,
y entónces Francisco Estévan
de sus amigos se aparta,
hácia Arévalo se arrima,
diciendo aquestas palabras:
no basta que yo esté aquí?
Y le respondió: no basta,
porque pícaros ladrones
delante de mí no campan.
Francisco Estévan calló,
y se la juró doblada;
hasta que estando una tarde,
al cabo de tres semanas,
entrambos con dos amigos,
sentados en una casa,

tratando de varias cosas,
Juan de Arévalo repara,
que se levantó Francisco,
y junto à él se sentaba.
Acordóse luego al punto
de la refriega pasada,
y las malas intenciones
que à Francisco le acompañan:
quedó lleno de malicia,
hasta ver en lo que para.
Y cuando Francisco vido
que mas desconfiado estaba,
de carrera le tiró,
y Juan que avisado estaba,
huyóle el cuerpo al instante,
con que no le alcanzó nada;
y arrancando su rejon,
le tiró una puñalada,
y dándole en el pescuezo,
castigó su intencion mala.
Se metieron de por medio
los que allí delante estaban,
porque si no, diera fin
del que fue asombro de España.
Tambien estando en Sevilla,
se partió con una carga
de tabaco hácia la Puente
que de Don Gonzalo llamans
paró por la gran Solina,
y era en ocasion que estaban
en la Virgen del camino
Don Agustín de Losada,
que era el alcalde mayor,
con catorce ò quince guardas;
le salió al recibimiento,
quiso impedirle la entrada,
pero con las escopetas
à todos les hizo cara,
con que le abrieron camino
à fuerza de pura bala.
Llegó à la Puente à ocasion
de que alborotada estaba,
porque una requisitoria
en aquel instante entraba,
buscando cuatro ladrones,
y estos tales allí estaban.
El señor corregidor
estaba con muy sobrada

gente para aprisionarles,
y ninguno se arrestaba
para entrar en el meson,
donde los cuatro paraban.
Aquí el Alguacil mayor
dijo estas breves palabras:
Useñoría los deje,
que para prenderlos basta
un mozo que está allí enfrente,
que ahora llega à la posada.
Su Señoría al instante
se partió con vigilancia
con la gente que tenia,
y él que vido tanta guarda,
entendió que la visita
se la hacian á su carga,
encarándose el trabuco,
à todos les hizo cara.
El señor corregidor
le dijo: tente, y repara,
que vengo à pedirte ayuda,
pues es cierto que me holgára
que me la dieras gustoso,
porque ahí en esa posada
asisten cuatro ladrones,
y el Rey prenderlos me manda.
Otorgó Juan al instante,
luego se puso la charpa,
y arrojándose al meson,
era en ocasion que estaban
los cuatro mozos comiendo;
llegó, y dijo estas palabras:
daos à prision al punto,
pícaros, viles canallas.
Los cuatro se alborotaron,
echando mano à sus armas,
y él tan solo à torniscones
à todos los avasalla.
Pasóse à la gran Solina
à cosas de su importancia,
à disponer unas bodas,
que se casaba su hermana
en la gran villa de Estepa,
y se llevó en su compañía
à un hidalgo caballero,
que Don Juan Dorado llaman,
y fueron por el camino

con unas porfias raras
de disparar un trabuco
lleno de pólvora y balas.
Antes de llegar à Estepa,
media legua dilatada,
apretaron las porfias,
tanto, que ya Juan se enfada,
y echando mano al trabuco,
que casi à un pedrero iguala,
siendo de bronce y tan grande,
que le cabe una naranja
luego al pecho se lo arrima,
el gatillo le levanta,
y consecutivamente
tres veces fuego le falta;
y los que estaban delante,
le dicen estas palabras:
deja el trabuco al instante,
supuesto te ha hecho falta,
que eso es avisarte el cielo,
por excusar tu desgracia.
No haciendo caso de aquesto,
lo disparó, y desatada
la furia y la fortaleza
de la pólvora y las balas,
se le reventó el cañon,
y dándole con las rajás,
lo abrió por medio del pecho,
con que le privó del habla.
Lo llevaron à la villa,
y luego con vigilancia
le hicieron grandes remedios,
pero no aprovechó nada,
porque dentro de tres dias
à Dios entregó su alma,
con que dió fin el leon,
que en Europa dejó fama
para siglos venideros
en los anales de España,
Y aquí Cristóval Moriel
à los oyentes encarga,
que digan: Dios te perdone,
y al cielo lleve tu alma;
y à nosotros nos dé Dios
salud en cuerpo y en alma,
y nos tenga de su mano
hasta el fin de la jornada.

F I N.

Valencia: por la Hija de Agustín Laborda, en la Bolsería, año 1823.